DULCE, QUERIDISIMA MAMA

por Juan Tébar

autor de «LA HUELLA DE UN BESO» y «LA PLAYA A LA LUZ DE LA LUNA»

Pre: ¿Dónde nace el horror? ¿Cuál es la fuente primigenia de ese escalofrío incontrolable que nos atenaza en la butaca de un cine o frente al receptor de televisión? ¿Cómo descubrir el origen del pánico que dio lugar a nuestra película de terror favorita...? Usted, lector amigo, recuerda seguramente La Residencia, aquella película de Chicho Ibáñez Serrador que le hizo perder el sueño... Pues bien, el detonante de aquel film de éxito es este relato inédito que, a continuación, les ofrecemos. En él se basó La Residencia.

Mamá se va a enfadar. Hace calor aquí y hay demasiadas moscas. No le gustará este sitio, a ella tan cuidadosa y tan pulcra. A mí tampoco me gusta este olor ni este agobio, pero no hay otra forma de hacer lo que hago ni otro sitio que no visite nadie y del que yo pueda guardar la llave. No hay otro sitio mío aparte de mi habitación.

Cuando Mamá pase por mi habitación y no me encuentre, ya la veo intentando dominar ese brillo furioso que le aparece en los ojos al irritarse. Son las diez, hace una hora que todas las internas se habrán acostado y mi obligación es no salir del cuarto, estar siempre allí, no exponerme a corrientes de aire que según el médico podrían ser fatales, o a encuentros que Mamá no aprobaría, porque desde que me trajo aquí para que reposara y pudiera aliviarse mi enfermedad me dijo bien claro que no debía relacionarme bajo ningún concepto con las chicas. Mi obligación, pues, es hacer caso a Mamá, que sabe lo que me conviene, esperar dibujando a que ella venga a darme las buenas noches y sonría y se acerque a mí y ponga sus manos en mis hombros y nos vayamos a sentar los dos en el diván tan grande como una cama, y yo coja sus manos y ella me mire dulcemente. Pero no estoy. Mamá se va a enfadar muchísimo. Y este sitio, cuando llegue, no le va a gustar. Pero yo le explicaré. Le explicaré todo y ella entenderá, porque realmente no he hecho otra cosa que seguir sus consejos.

Una de las moscas sube por un dedo y se ha metido debajo de una manga del vestido malva de Mamá. A ella le gustará estoy seguro, volver a ver su vestido malva de tardes antiguas. Me siente a esperarla. Más tarde o más temprano ella vendrá a donde estoy.

El enfado será mucho mayor si ha descubierto antes la cama vacía de la chica, porque ella tenía que estar ya en el dormitorio general con las demás internas. Mamá es muy estricta con las chicas del colegio, más aún que conmigo porque Mamá es la Directora, no es su madre. El reglamento del colegio es de hierro y Mamá lo exige a rajatabla. Sobe todo después de las desapariciones.

A Mamá no le gusta ni siquiera que mire de lejos a las internas, y mucho menos que las hable. Ella comprende que soy mayor y que me gustan las chicas. Precisamente porque lo comprende le preocupa y estrecha su vigilancia. Cuando descubre que me he fijado en alguna del Colegio —y siempre lo sabe— habla conmigo de ello pero sin referirse directamente a ello. Como los dos nos conocemos bien, los dos notamos de qué me habla, aunque ninguno de los dos reconocemos que se trata de esa chica —la que sea— a la que he mirado ya más de una vez con especial curiosidad. Mamá se pone triste, me

acaricia y me pregunta si no la quiero. Me duele que lo dude porque yo quiero a Mamá más que a nadie en este mundo y sé que ella me quiere igual o quizá mucho más. Pero ella piensa que yo puedo olvidarla por cualquier chica del Colegio (unas veces por aquella, otras por ésta...) y procura convencerme de su amor como si yo no lo estuviera y resulta penoso que ella se esfuerce tanto en demostrarme lo que sé, cuando yo la adoro y n debía dudar de mí de esa forma que incluso la humilla al decirme, casi temblando (ella, que se comporta tan cruel y tan dura con las chicas) «No encontrarás ninguna otra mujer que te quiera como yo... Desconfía de ellas, las mujeres engañan siempre y no debes caer en sus trampas. No debes creer en su amor, que sólo pretende utilizarte para su provecho, alejándote de mí, que te quiero de verdad, sin egoísmo... No debes engañarte confiando en que tus deseos te puedan llevar más que a su mera satisfacción, que sirve para muy poco... No debes buscar nada distinto de tu madre. No debes...» Yo la beso y saco alguno de mis últimos dibujos para que lo vea y paso mis dedos por su cabello y ella se abandona sin disgusto aunque siempre procura estar bien peinada y una de sus mayores preocupaciones es aparecer siempre elegante y perfecta ante las internas o las celadoras y n o digamos ante los padres o los tutores que traen a las chicas y se marchan y generalmente se tarda mucho en volver a saber de ellos si se sabe...

Cuando Mamá descubrió que Marta se veía conmigo después de la última campana, Marta se asustó mucho y quería escaparse del colegio, aun sabiendo lo difícil que es, con las vigilantas y los perros y lo lejos que está del pueblo y además a dónde iba a ir si casi todas las chicas están aquí porque nadie las quiere.

Mamá tampoco me dijo nada concreto esa vez, y cuando no se volvió a saber de Marta y hubo sonrisas de comedor y cuchicheos de dormitorio pensando que había conseguido escaparse, Mamá redobló sus cuidados y trajo al médico (que no solía venir porque las enfermedades de las chicas se curaban con purgas que hacía la cocinera) y los dos me recordaron que yo debía permanecer todo el día en la cama y vigilar las manchas en el pañuelo cuando tosía y que Mamá le avisara si mis eyaculaciones nocturnas eran muy frecuentes y que no leyese mucho y comida especial para mi estado y nada de quedarse despierto hasta tarde y Mamá a veces me preguntaba los sueños y se ruborizaba al contárselos. Yo sabía que ella venía a mi cuarto tantas veces, ahora más que antes, no sólo para cuidarme sino para vigilarme. A pesar de todo, lo de Julia pasó casi desapercibido, pero yo creo que Mamá debió sospecharlo aunque no tenía pruebas porque sino su mirada de triunfo cuando Julia desapareció no hubiera sido lógica, sobre todo porque las sonrisas y cuchicheos fueron más frecuentes. Al menos eso me dijo Laura.

Lo de Laura y lo de María fue casi seguido.

Ahora parece que entra un poco de aire y es que he dejado la puerta entornada y quizás alguien, seguramente Mamá, está sobre la pista y ha abierto alguna de las puertas que lleva a alguno de los pasillos que lleva a donde yo estoy. La puerta no está cerrada porque la espero. Tiene que encontrarme y cuando le explique lo que hice me comprenderá y volverá a besarme incluso en los labios, como nos gusta aunque a veces Mamá no se atreve. Acaricio el pelo un momento para que ella se lo encuentre bien cuando venga. La preferirá peinada.

En cuanto no se volvió a saber de Laura, ya nos citábamos María y yo a escondidas cada noche, cuando los árboles fuera se quejaban porque estábamos en pleno invierno. Nevaba casi todos los días, y por aquel entonces, a pesar de las frecuentes reuniones en la capilla preparando la Navidad, que debían dar a las internas una paz interior, las chicas habían empezado a preocuparse por las desapariciones. Mamá seguía evitando el tema conmigo. Solía estar más pálida que de costumbre y seguramente más nerviosa aunque ante mí procurase parecer más serena que nunca. Pero yo estaba enterado que circulaban teorías entre las chicas respecto a Marta, a Julia y a Laura y que en los dormitorios, antes de la primera campana de las cinco, seguían cuchicheando desveladas pero ya no creían que se hubieran escapado sino otras cosas, y las internas tenían miedo de Mamá. Las caricias de ella eran entonces más profundas y más largas y me miraba despacio los ojos

y la boca. Estaba preocupada y yo quería decirle que no, que todo iba bien, que no temiera ninguna cosa que pudiese alejarnos. Ella me besaba y estábamos mucho tiempo juntos y yo no le decía nada porque creía que ya ella notaba en mí lo que necesitaba notar. Ultimamente ni siquiera le enseñaba los dibujos. Sólo hablábamos, al final, de mi tos y mis dolores de cabeza y mi ahogo en el pecho y ella decía que iba a curarme pronto. Mamá hacía planes para cuando yo estuviese bien del todo y a veces, no siempre, ella volvía a decirme que lo que yo necesitaba, ella lo comprendía, claro, era una mujer, pero una mujer como ella. Mamá se expresaba como si hablase con un niño pero yo entendía mejor que si fuera ese niño que ella cree porque me gustaban los cuerpos de las chicas aunque de Julia me gustaron los ojos más que nada, y de Laura los labios y ahora María tenía ese pelo bellísimo... Estábamos de acuerdo en el fondo. Los dos sabíamos lo que me conviene.

Ahora, sin embargo, va a enfadarse y quizá no pueda dominar ese brillo furioso en los ojos. Sí, va a enfadarse mucho descubriendo que María no está en su cama y que yo no estoy en mi cuarto. Sin alarmar a nadie, sin producir escándalo en el colegio, recorrerá el edificio, todas las clases, la cocina —donde estará ya dispuesta la olla que se encenderá para el desayuno con el mejunje que las chicas dicen que tiene azufre para quitarles el apetito— el comedor, la sala de música, los lavabos, y acabará llegando aquí, donde yo estoy esperándola y cuando me vez sonreír iré para calmarla. Sonrío.

Sí, Mamá tiene ese brillo en los ojos. Está despeinada y ha debido ir también fuera, al patio, porque trae un poco de nieve en la cabeza y en los hombros. Nerviosa. Aspira el aroma podrido de este lugar y si no la conociera tan bien diría que tiene miedo. Ahora a dejado de mirarme. Mira a María.

«Mamá, ya la tengo, ya he encontrado a esa mujer igual que tú, ya la he conseguido, supiste hacerlo».

Mira a María. Yo también, acercándome a Mamá para los dos mirar igual, de la misma forma, desde el mismo sitio. Acaricio su pelo, cojo su mano y la acerco hasta el pelo de María.

«¿No es igual que el tuyo...? Fue casi lo más difícil de encontrar»

Zumban las moscas y Mamá se separa de mí cuando yo le enseño muy de cerca el cabello de María. Un hermoso cabello como el suyo, cabello largo, fuerte, que ahora tiene todavía sangre y un poco de piel cuando lo cojo y se lo llevo a ella, que retrocede hacia la puerta.

«¿No te gusta...?»

Mamá se lleva las manos a su propio cabello. Y mira, aunque no quiere, el cuerpo depositado en el suelo, ahora calvo mientras tengo yo el pelo en mis manos, el cuerpo con el vestido malva de Mamá que ella usó en viejas fiestas algunas tardes antiguas con algunas personas quizá muertas... El cuerpo ideal que he hecho yo con otros cuerpo imperfectos.

«Ya sé. No te parece idéntico. pero es casi igual. Casi tú... Tus piernas son más delgadas que las de Julia, pero los ojos son casi exactos... Y los labios de Laura... Los dientes de Marta, míralos, parecen perfectos... Y con el pelo ahora... Es lo más casi tú...»

Mamá hace un gesto. Nunca he visto ese gesto en Mamá. Es gesto de querer librase de mí. No dejo que se vaya, la cojo del brazo, la traigo hasta el cuerpo, los trozos de cuerpos, espanto las moscas. Quiero que la toque, que acaricie el vestido malva. Vuelvo a colocar el pelo de María, reciente su sangre. María, muerta y sin pelo, aún está junto a la estufa, no quiero quemarla hasta no asegurarme que no hay otra cosa de ella que me sirva para completar la otra, casi Mamá. Ahora ya no tendré que mirar a las chicas y estará contenta porque ahora ya tengo a la otra y Mamá ve que es como ella, que me he esforzado en conseguirla y aunque necesito cada vez más una mujer y no me puedo aguantar sin tenerla «yo nunca me habría conformado con una que no se pareciese a ti...» Le digo con toda sinceridad.

Mamá tiene abierta la boca pero no dice nada, abre sólo la boca sin voz, con ruido raro, algo que suena roto, a graznido como cuando yo mataba a Marta, a Julia, a Laura, a María.

Mamá retrocede otra vez y no parece conocer ese vestido suyo malva con el que la otra parece tan ella, aunque a lo mejor lo considera un vestido antiguo y preferiría vestirla de otra manera más seria o más a la moda. No tengo la culpa si no he acertado en lo del vestido, esas no son cosas de muchachos.

«Tú enséñala a coser y a tener tu seguridad en todo ya ir bien peinada y a leer poemas y a vestirse y a tocar el piano y a caminar como tú...»

Mamá parece que intenta irse pero no se irá.

«... Y a quererme».

La sujeto. Sonrío. Procuro no toser, hay tanto polvo en este lugar...

«Quédate con ella y enséñaselo todo».

Me voy. Cierro la puerta por fuera. Sólo yo tengo la llave.